

LA BELLA DURMIENTE



1.—Había una vez un Rey y una Reina que estaban muy disgustados por no tener hijos; tan disgustados que se empieza a decir y no se acaba. Al fin la Reina tuvo una niña.



2.—El bautizo fué espléndido; dieron por madrinas a la Princesita todas las hadas que pudieron encontrar en el reino, para que, otorgándole cada una de ellas un don, la Princesa poseyera todas las perfecciones imaginables.



3.—Después de las ceremonias del bautizo, los invitados volvieron al palacio del Rey, en donde había un gran festín para las bodas. Delante de cada una de ellas pusieron un cubierto magnífico en un estuche de oro macizo.



4.—Pero cuando todos se sentaban a la mesa, vieron entrar a un hada muy vieja, a la que no habían invitado porque llevaba más de cincuenta años sin salir de una torre y la creían muerta o encantada.



5.—El Rey hizo que le pusieran un cubierto; pero no hubo manera de darle un estuche de oro macizo como a las otras. La vieja creyó que la despreciaban y murmuró algunas amenazas entre dientes.



6.—Una de las hadas jóvenes que estaba a su lado, la oyó y pensando que podría hacer a la Princesita algún obsequio poco grato, en cuanto se levantaron de la mesa fué a ocultarse detrás de unos tapices.



7.—Entretanto las hadas comenzaron a conceder sus dones a la Princesa. La más joven predijo que sería la criatura más hermosa del mundo, la que le seguía dijo que tendría la sabiduría de un ángel.



8.—La tercera que todo lo haría con primor; la cuarta que bailaría admirablemente; la quinta que cantaría como un ruiseñor, y la sexta, que tocaría toda clase de instrumentos con perfección suma.



9.—Cuando le llegó la vez a la anciana hada, dijo, temblándole la cabeza, más por la rabia que por los años, que la Princesa se atravesaría la mano con un huso, de resultas de lo cual moriría. Al oír esto...

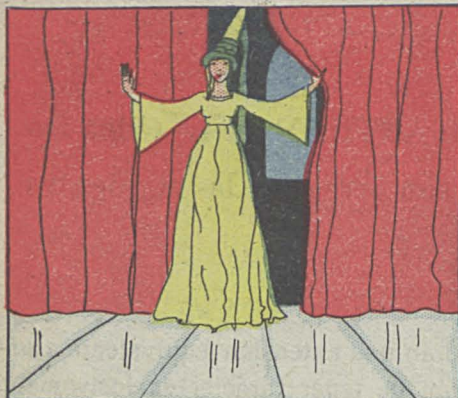
(Continuad.)

Ayuntamiento de Madrid

LA BELLA DURMIENTE



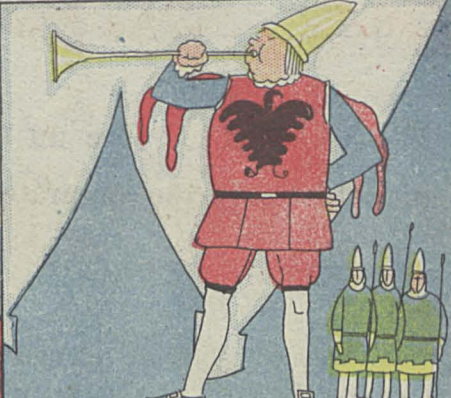
(CONTINUACION)



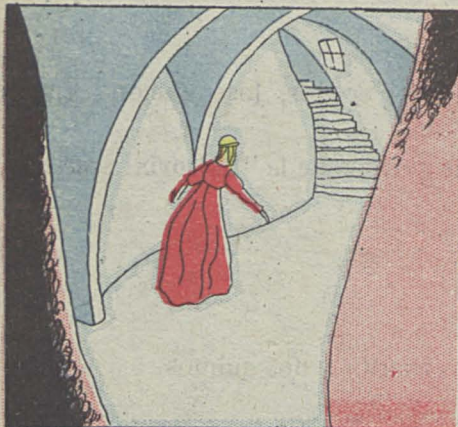
9.—En aquel momento salió el hada joven de detrás de los tapices y pronunció en voz alta estas palabras: Tranquilizaos, señor; tranquilizaos, señora; vuestra hija no morirá; verdad es que no tengo suficiente poder para deshacer por completo lo que mi hermana ha hecho.



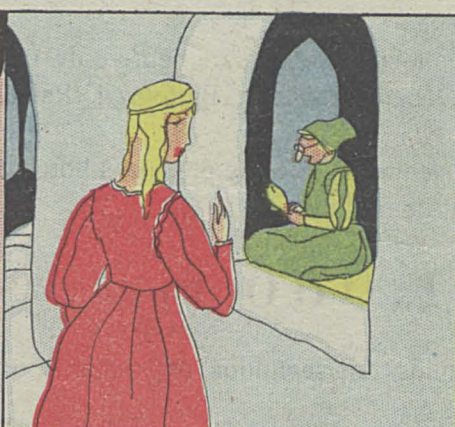
10.—La Princesa se atravesará la mano con un huso; pero en lugar de morir tan sólo quedará sumida en un profundo sueño, que durará cien años, al cabo de los cuales vendrá el hijo de un Rey a despertarla.



11.—El Rey, con el fin de evitar la desgracia anunciada por la anciana, mandó publicar inmediatamente un edicto por el cual prohibía a todas las mujeres hilar con huso y tener husos en su casa, bajo pena de muerte.



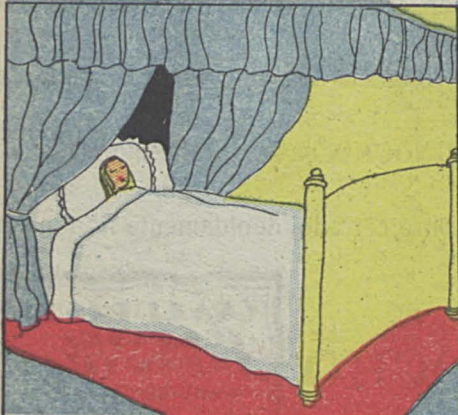
12.—Transcurridos quince o diez y seis años, el Rey y la Reina se fueron a una de sus casas de campo y sucedió que la Princesita, recorriendo un día el castillo y yendo de cuarto en cuarto... subió hasta el último piso de un torreón...



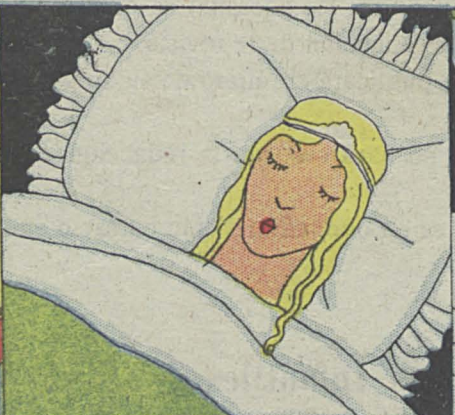
13.—Entró en una buhardilla donde estaba una vieja completamente sola, hilando con su rueca. —¿Qué hacéis, buena mujer?—preguntó la Princesa.—Estoy hilando—le contestó la vieja. ¡Ah! ¿Qué cosa tan bonita!—exclamó la Princesa.—Dadme a ver si yo lo sé hacer.



14.—No bien cogió el huso cuando se atravesó la mano y cayó desmayada. La vieja apuradísima, pide socorro: acuden todos; rocian con agua el rostro de la Princesa, le dan golpecitos en las manos y le friccionan las sienes, pero con nada recobró el conocimiento.



15.—Entonces el Rey, que subió al oír todo aquel ruido, recordó la predicción de las hadas y lleno de aflicción dispuso que llevaran a la Princesa a una suntuosa estancia del palacio y que la acostasen en un lecho de brocado de oro y plata.



16.—Parecía un ángel por lo hermosa porque su desmayo no había apagado los vivos colores de su tez: sus mejillas estaban sonrosadas y sus labios como el coral; tenía los ojos cerrados pero se veía que no estaba muerta.



17.—El Rey mandó que la dejaran dormir en paz hasta que llegase para ella la hora de despertar.

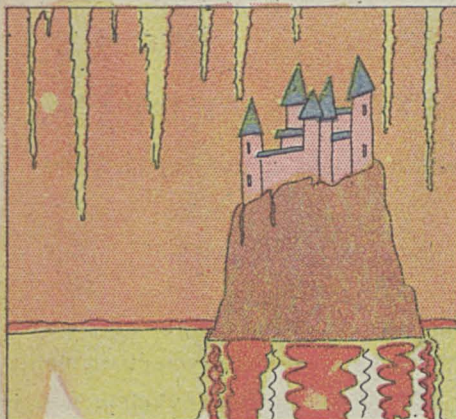
(Continuará)

Ayuntamiento de Madrid

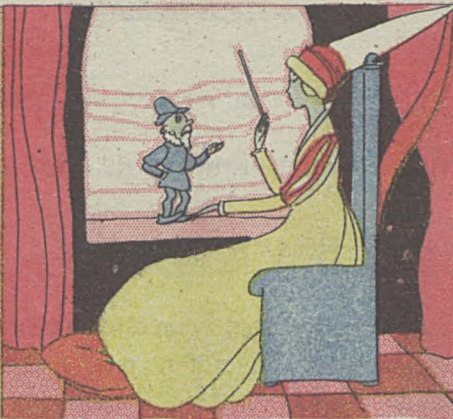
LA BELLA DURMIENTE



(Continuación)



19.— Cuando le ocurrió el accidente a la Princesa, el hada benéfica que la había salvado la vida condenándola a dormir cien años, estaba en el reino de Mataquino, a doce mil leguas de allí.



20.— Pero lo supo al instante, por un enanito que tenía unas botas de siete leguas (es decir, unas botas con las que se recorrían siete leguas de cada zancada.)



21.— El hada se puso en camino inmediatamente, y al cabo de una hora la vieron llegar en un coche de fuego, del que tiraban unos dragones. El Rey la dió la mano para ayudarla a bajar del carruaje.



22.— El hada aprobó todo lo que había hecho el Monarca; pero como era muy previsora, pensó que cuando la Princesa se despertara se encontraría en un gran apuro al verse completamente sola en aquel vetusto castillo.



23.— He aquí lo que hizo. Tocó con su varita de virtudes a todos los que estaban en el castillo (menos al Rey y a la Reina): ayas, damas de honor, camaristas, gentileshombres, ujieres, mayordomos, cocineros, etc.



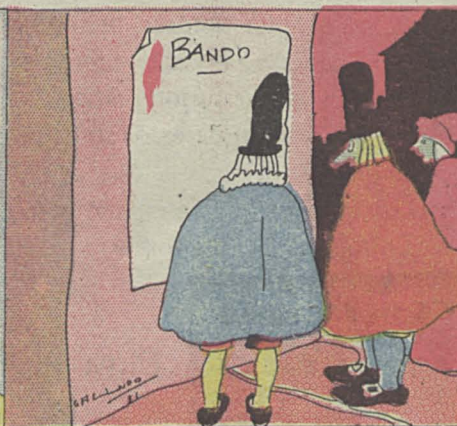
24.— Tocó también a todos los caballos que había en las cuadras, a los palafreneros, a los enormes mastines del corral, y a la diminuta Daichina, la perrita de la Princesa, acurrucada junto a ella en su cama.



25.— En cuanto los tocó con su varita de virtudes se durmieron todos, para no despertar sino cuando su ama, con objeto de encontrarse en disposición de servirlo cuando lo necesitase.



26.— Hasta los asadores que estaban al fuego, llenos de perdices y de faisanes, cesaron de dar vueltas, y la hambre se apagó. Todo esto quedó hecho en un santiamén.



27.— Entonces, el Rey y la Reina, luego de besar a su hija sin que ella se despertara, salieron del castillo y publicaron un bando prohibiendo acercarse a la Princesa.

(Continuara)